

Biblioteca Brasileira.

3755

Historia de la Literatura Brasi

leña.

de

Ronald de Carvalho.

Traducción española de

Francisco Villaespesa

1929

Prefacio

Si hay un libro que no precisa presentación es este. El se presenta por sí mismo.

La "Pequeña historia de la literatura brasileña" solo es pequeña en el nombre. De hecho, es un gran libro.

Ronald de Carvalho tiene la ventaja de los que, llegando mas tarde, hayan el camino preparado. Delante de él, habia sobretodo dos autores: Silvio Romero y José Verissimo. Otras historias de la literatura, como las de Coelho Netto y Juan Ribeiro fueron hechas con simples intenciones pedagógicas.

El trabajo de Silvio Romero es prodigioso. Todo lo que él encontró - los libros de Fernando Wolff, de Sotero dos Reis y de Joaquim Norberto, - le bien poco le sirvió. Su esfuerzo personal superó en mucho a la magra contribución de sus predecesores.

Silvio tenía virtudes y defectos muy característicos. Por un lado, con su espíritu mas propenso a la síntesis que al análisis, era mejor expositor de generalidades que un minucioso y frío juzgador de personalidades. Por eso mismo, la primera parte de su obra, en que él expone los factores de la literatura brasileña, es muy superior a la segunda, en que su criterio al juzgar a los autores varia a cada instante.

Vino despues de él José Verissimo. Espiritu menos apasionado que el de Silvio, tenía normas mas fijas de apreciación. Mas fijas, pero mucho mas estrechas.

AYUDANTE ALFILERIA
F. VILLAESPEÑA
Donación: A. MORENO

El padecía de dos graves defectos: por un lado, su absoluta incapacidad de juzgar todo lo que dice respecto a la poesia; y por otro, una gran ignorancia en las cosas de Ciencia y de Filología.

De la primera afirmación la prueba está en sus juicios sobre varios poetas: son juicios muy fulgurantes. Mas conociendo a Verissimo inmediatamente se comprendia la causa de este hecho. El era de esas personas de las que se dice "que no tienen oído". Citando versos de memoria él adivina o les quitaba varias sílabas, sin apercibirse de ello. Fue además uno de los raros escritores brasileños que no comenzara por el indefectible volumen de versos.

De la segunda afirmación se puede tener idea sabiendo que, cuando Nabuco publicó sus "Pensées Detachées", Verissimo, en el artículo del "Jornal do Commercio", con que saludó el volumen, cariñosamente advirtió al autor de que él exageraba cuando decía que todos los cuerpos eran porosos... La mayoría de sus apreciaciones sobre Hombres y Cosas extranjeros, son simples parafrasis de estudios europeos sobre los mismos asuntos.

AYUT.º ALMERIA (4)
E. VILLARREAL
Denación: 3758

Ronald de Carvalho es demasiado
con Verissimo, cuando dice que, habiendo critica-
do él no veía los hombres y si solo las obras. Se
que hay es que disimulaba mejor. Así, su antipa-
tía personal por Silvio Romero lo lleva a esta
monstruosa injusticia: consagrar a la obra
de uno de los mas formidables trabajadores
de la literatura nacional apenas siete lineas.
Mi una más. Y es bien discutible que Verissimo
hubiese podido llevar a cabo su obra, sino en-
contrase la de su grande e ilustre predecesor.

Silvio y Verissimo tenían un defecto comun:
no sabian escribir. Los libros de ambos están
abominablemente mal hechos. Los de Silvio tienen,
entretanto, una ventaja: tal vez mas incorrectos,
pero mas fluentes y ^{mas} claros. En los de Verissimo,
sobretudo en los últimos, hay una pretensiones espo-
náticas de claricismo, que llegan, a veces, a ser
cómicos. El estilo es duro, áspero, pedregoso.

Ronald de Carvalho tiene esta primera ori-
ginalidad, entre nuestros grandes historiadores
de la literatura nacional; es el primero que
sabe escribir. Su estilo es sencillo, claro, ha-
monioso. Dice bien lo que quiere decir.

Poeta, de los mejores de su tiempo, los poetas no
corren con él el peligro que corrían con José
Verissimo.

AYUT.º 3759
F. VILLAESPEA
Donación: A. MORENO

Al contrario de sus predecesores, él procura preferen-
tamente presentarnos en conjunto los grandes
movimientos sociales de que resultaron las corrien-
tes literarias. Y todo esto hecho sin solemnidad ni
pedantismo. En ninguna parte el autor aparece
como un maestro escuela distribuyendo premios y castigos.

Sea deuda es posible discordar de muchos de sus juici-
os. Basta comparar algunos de sus apreciaciones con
las de Silvio y Verissimo, ya entre sí discordantes, para
sentir que la crítica literaria está aun muy lejos de ser
una ciencia, con criterios fijos. En todo caso, Ronald de
Carvalho, si no puede, como ninguno podrá, olvidar
su educación personal, tiene al menos el mérito de
haber procurado tomar criterios de orden mas general,
porque en vez de apreciar autor por autor, como si ca-
da uno fuese un fenómeno aislado de su medio, es, al
contrario, filiándolos a ese medio, como él procura juzgarlos,
destacando los mas significativos representantes de cada
época.

Todo eso permite repetir aquí lo que se dijo al prin-
cipio: la "Pequeña historia de la Literatura Brasi-
leña" debe ser considerada una gran obra.

Medeiros y Albuquerque.

(De la Academia Brasileira)

Introducción.

La Tierra: la Atlántida y las islas fabulosas en la Antigüedad y en la Edad Media. - El Brasil en la época del descubrimiento. - El Medio Físico: La Naturaleza y los factores Mesológicos. - Algunas opiniones de escritores extranjeros sobre el Brasil. - El Medio social: El Hombre. - La raza. - Conclusión.

Desde la Edad Media la existencia de
tierras situadas al Oeste de Europa preocu-
pó a los mas notables pensadores del viejo mun-
do. Cuéntase por decenas las narraciones fan-
tásticas de continentes y archipiélagos fabulosos,
cubiertos de abundantes florestas, cortados por cau-
dalosos ríos y sombreados de montañas intranspo-
nibles, donde los metales preciosos y las piedras
raras se confundian con el esplendor magnífico
de una flora maravillosa y una fauna descono-
cida.

1- La Atlántida.

H. Marti, en sus "Estudios sobre el tiempo de Pla-
tón," observa que, en el mito de la Atlántida,
narrado por Critias a Socrates, se hace men-
cion, por la primera vez en la historia, de un
continente situado mucho mas allá de las
columnas de Hércules, donde, ~~ha~~ ^{ha} nueve mil años,
floreciera un gran pueblo, de civilización adelantada
y brillante cultura, gobernado, durante siglos,
por la dinastía de Atlas, hijo de Poseidón y de
una simple mortal, Cleito. Segun la tradición,

la leyenda de la Atlántida, había sido revelada por el
Solón por los sacerdotes egipcios del templo de Saïs, y
formaba parte también de los enseñamientos ministrados
por Sileno al Rey Alcides. Acerca de Critias, en el
citado diálogo de Platón, que los atlantes, después
de conquistar gran copia de territorios, entre los cuales
el Egipto y la Tirrenia, fueron derrotados por los atenienses
en una sangrienta batalla, desapareciendo mas tarde,
en su continente y su espléndida civilización, en
un día y una noche, después de terribles inundaciones
y violentos terremotos.

Platón que vivió en el primer siglo antes de la
Era Cristiana, cuenta que oyó de boca de los Druidas
narrativas semejantes a las de Platón y Theopompus. (1)

Nació de ahí la creencia de que los archipiélagos
de las Azores y de las Canarias, así como el de
las Antillas, formaban parte de Atlántida sumen-
tida, como un sistema de elevadas cordilleras, en
cuyos vestigios no sería difícil descubrir la veraci-
dad de la famosa leyenda. (2) Entretanto, en la
propia literatura griega, se encuentran varias pasajes
por los cuales se compone la respuesta que tal fanta-
sia mereció de diferentes autores. Proclus, que

se incumbió de transmitirnos los argumentos presen-
tados por muchos de los contradictores, dice que ³⁷⁶Platonius
consideraba la Atlántida como una alegoría de la
lucha entre el Bien y el Mal; Amelius veía en la
leyenda de su desmoronamiento rápido y terrible el
combate de las estrellas y de los planetas; Origenes, la
guerra de los buenos y de los malos espíritus y
Longinus, apenas una fabula igual a varias otras
de que Platón se servía para hermoear las abstra-
ciones de sus diálogos sutiles.

AYUT.º ALMERIA
F. VILLAESPEA
Dedicator: A. MORENO

Además de Platón, otros historiadores, como Plutarco,
Strabón, Macrobio, Dionysio de Mitilene, Plinio, Pomponio
Mela, y Diodoro de Sicilia, se refieren a regiones ignotas,
fuera del limitado mundo mediterráneo.

Dionysio de Mitilene dice que los atlantes eran
un pueblo inteligente y poderoso, y los denomina
indiferentemente: 'ΑΤΛΑΝΤΕΣ, ΑΤΛΑΝΤΕΟΙ, ΑΤΑΡΑΝΤΕΣ.

Diodoro de Sicilia habla de una isla de exuberantes riquezas,
descubierta por los fenecios a muchos días de viaje de las costas
africanas, donde la primavera se mantenía constante, el di-
ma era ameno, la vegetación opulenta y los frutos tra-
cos y sabrosos. Aristoteles cita, también, una gran isla,
Antilia, ha muchas semanas de navegación del continente,
colonizada por los Cartagineses, tan celosos, pues, de su presa,
que castigaban con la muerte a aquellos que pronunciaban
apenas el nombre. El pueblo ateniense acreditaba, entre tan-
to, en la historia de la Atlántida, a pesar de todas las
la- taciones (contra ella formuladas) una

a reforzar en la mente de los navegadores europeos (18) la idea de que la tierra no era tan misteriosa como sus antepasados se imaginaban.

AYUT. ALMERIA
F. VILLAEZ
Donación: A. MORENO
3765

Las tradiciones celtas, principalmente las de Irlanda, hacen constantes alusiones a una región paradisiaca, el Meg-Meld (País de la Eternidad), habitada por espíritus superiores. Los galos en "las islas verdes de las Corrientes", los escandinavos en la Saga de Erik el Rojo, los sajones en sus Helluland (País de las Rocas), Markland (País de los árboles), y Vinland (País de las Viñas), contribuyeron para desenvolver el fuste por los caminos largos y peligrosos a través de mares y mundos misteriosos.

En la Edad Media hizo furor la novela de S. Brendan, que no era nada más que la relación de una de las aventuras dramáticas y peripecias interesantes del viaje emprendido por aquel navegante irlandés, tan al sabor de la colmada imaginación popular, en un país maravilloso y sorprendente. La isla de S. Brendan pasó a figurar en todas las cartas náuticas medievales. En el globo de Marc-tin Behaim, hecho en 1492, se ve el dibujo de la isla acompañado de la siguiente nota: "En el año 565, después del nacimiento de Jesus Cristo, S. Brendan aportó a esta isla, a la cual examinó lleno de encanto, permaneciendo en ella siete años y retirándose después para su país." Aun en el Siglo XVII ella aparece también en la carta de Ortelius; y la creencia en su existencia era tan

fuerte que, en el mismo siglo XVIII, en 1721, fue (2)
persecurada por don Juan de Mur y Aguirre, capitán
general de las Guayanas, que armó una expedición
sui, naturalmente, obtener el mejor resultado.
Benección: A. MOREN

Entre las diversas islas mencionadas por los escritos
medievales, en el Océano Atlántico, como
las de Stocafira, Royllo, Mau Satainaxis, y Antilia, me
rece especial referencia una conocida por el nombre
de Brauir, Braxil, Brazylle o el Brasile. Registrada
por primera vez en un mapa del Atlas Medicis, de
1351, encontrámosla, después, en varias cartas, como las
de Prigani, de 1367, y Jefferys, de 1776, con la única
particularidad de variar constantemente de nombre y posi-
ción, ora surgiendo en la altura de las Azores, ora
en las costas occidentales de las Islas Británicas. (3)

La misma fascinación producida por la noticia
de las otras islas fabulosas se observó en lo tocante
a la que nos interesa. Varias expediciones fueron or-
ganizadas con el fin de determinar su posición
y recoger los tesoros que ella por ventura encerrase.
Todas fallaron sucesivamente.

Solamente en el siglo XVI, después de los grandes
descubrimientos españoles y portugueses, valió a estar
en el tablero, y de esa vez de un modo definitivo,
la existencia de una tierra brasileña. Ya no se estaba
en el terreno de las conjeturas, de las hipótesis arro-
jadas y de las leyendas hermosas. Era la más deli-
ciosa de las realidades que sourceia a los ojos

deslumbrados de los navegadores europeos. Era la reali-⁽¹³⁾
dad recompensadora de tantos sueños deshechos, de tantas
audacias inútiles, de tantas decepciones dolorosas. 3767

Un mundo virgen, bogando en luz, recaeado de
flores odoríferas y de dorados frutos exquisitos, un
mundo más atractivo que "las Islas Verdes",
de los galos o el "Meg-Meld" de los Irlandeses,
rompía de las aguas espejadas, como una gran
joya luminosa!

AYUT.º ALMERIA
F. VILLAESPEA
Dedicación: A. MORENO

Tal era su belleza y tal el primor de sus
paisajes, graciosos, fue un sentimiento de orgullo
satisfecho creció en los almas rudas y bravas
de la lusitana gente.

Habitados a la ribera de las desoladas costas
africanas, donde sufrían

En mar tanta tormenta, y tanto dano,
en tierra tanta guerra, tanto enfado,
tanta necesidad aborrecida! (4)

los marineros de la flota de Cabral creyeron
contemplar en el seno de los bosques lusitanos, en la
transparencia de las aguas de nevado, en el brillo
del cielo limpio y suave, en la lozanía de las
plantas aromáticas y elegantes, aquella Isla de los

Amores, en que

abre a roma, mostrando a rubicunda

cor, en que tu, teu preso pensas, (5)

y donde

Mil arvôres, ao céu estão & subido,

3768

com pomos odoríferos & e bellos;
a laranja tem no fruto lido
a cor que tinha Daphne nos cabellos;
encosta-se no chão, que está cahindo
a cidreira co' os peros amarellor:
os famosos limões, alli cheirando,
estão virgíneos tetos imitando. (6)

Desde muy pronto recibió la nueva tierra el bautismo
estaniado de las mas leves y sensibles plumas. Sus
florestas vastas y majestuosas, sus arroyos infinitos,
sus embarcaderos claros y profundos, sus montañas
de reontes caprichosos, sus valles espaciosos atrajeron
las miradas de ~~los~~ capitanes aventureros, de los jismi-
tas, catepuitas, poetas y escultores de la Metropoli.
Luego, en la primera mitad del Siglo XVI, en
1549, Nobrega describía así los encantos y excelencias
del país recientemente descubierta:
"Es muy saludable y de buenos aires, de mente que vien-
do mucha nuestra gente y muy grandes las fatigas,
y mudando de la alimentación con que se nutrieran, son
por los que se enferman y estos de prisa se curan.
La región es tan grande, que, dicen, que de tres partes en
se dividiere el mundo, ocuparia dos; es muy fresca, y,
mas o menos temperada, no nutriendose mucho el calor
del estio; tiene muchos frutos de diversas qualidades,
y muy sabrosos; en el mar igualmente mucho per
y bueno.

Señejan los montes grandes jardines y pomares
que no recuerdo haber visto tapiz tan bello. En
dichos montes hay animales de muy diversas
hechuras, aales nunca conoció Plinio, ni de ellos

dio justicia, y hierbas de diferentes colores, muchas (15)
y diversas, de las de España; lo que bien demuestra
la grandera del Criador en tamaño, variedad y be-
llez de las criaturas."

3769

Mos adelante, en 1585, Aucheta afincaba por el
mismo diapasón, escribiendo:

AYUT.º ALMERIA
F. VILLAESPEA
Dedicación: A. MORENO

"Todo el Brasil es un jardín en frescura y bon puer,
y no se ve en todo el año arbol ni hierba seca. Las ar-
boledas se van a los nubes de admirable altura y grosu-
ra y variedad de especies. Muchos dan buenos frutos
y lo que les da gracia es que hay en ellos muchos
pajarillos de gran hermosura y variedad y en
su canto no dan ventajas al de los niseñores, jilgu-
ros, alonies y canarios de Portugal, y hacen una
harmonía cuando un hombre va por este camino,
que es para loar al Señor, y los bon puer son tan
frescos, que los lindos y artificiales de Portugal
quedan muy abajo."

De igual modo se expresarán tiempo adelante
Gabriel Soares, Cardim, Rocha Pitta, y muchos otros,
cuando puiten, llenos de tesor y de espanto, las
diversas formas que la naturaleza vistiera
las tierras brasileñas.

42-1) 3

AYUT.º ALMERIA
F. VILLAESPEA
Dedicación: A. MORENO

3770

BIBLIOTECA BRASILEÑA.

HISTORIA DE LA LITERATURA BRASILEÑA

DE

RONALD DE CARVALHO.

TRADUCCION ESPAÑOLA

DE

FRANCISCO VILLAESPEA.

1929.

3771

PREFACIO.

Si hay un libro que no precisa presentación es este. El se presenta por si mismo.

La "Pequeña historia de la literatura brasileña" solo es pequeña en el nombre. De hecho es un gran libro.

Ronald de Carvalho tiene la ventaja de los que, llegando mas tarde, hallan el camino preparado. Delante de él, había sobre todo dos autores: Silvio Romero y José Verissimo. Otras historias de la literatura, como las de Coelho Netto y Juan Ribeiro fueron hechas con simples intenciones pedagógicas.

El trabajo de Silvio Romero es prodigioso. Todo lo que él encontró - los libros de Fernando Wolff, de Sotero dos Reiss y de Joaquim Norberto, - de bien poco le sirvió. Su esfuerzo personal superó en mucho a la magra contribución de sus predecesores.

Silvio tenía virtudes y defectos muy característicos. Por un lado, con su espíritu mas propenso a la síntesis que al análisis, era mejor expositor de generalidades que un minucioso y frio juzgador de personalidades. Por eso mismo, la primera parte de su obra, en que él expone los factores de la literatura brasileña, es muy superior a la segunda, en que su criterio al juzgar a los autores varía a cada instante.

Vino después de él José Verissimo. Espíritu menos apasionado que el de Silvio, tenía normas mas fijas de apreciación. Mas fijas, pero mucho más estrechas.

El padecía de dos graves defectos: por un lado, su absoluta incapacidad de juzgar todo lo que dice respecto a la poesía; y por

otro, una gran ignorancia en las cosas de Ciencia y de Filosofía.

De la primera afirmación la prueba está en sus juicios sobre varios poetas: son juicios singularísimos. Mas conociendo a Verissimo inmediatamente se comprendía la causa de este hecho. El era de esas personas de las que se dice "que no tienen oído". Citando versos de memoria él añadía o les quitaba varias sílabas, sin apercibirse de ello. Fué además uno de los raros escritores brasileños que no comenzara por el indefectible volumen de versos.

De la segunda afirmación se puede tener idea, sabiendo que, cuando Nabuco publicó sus "Pensées Detachées", Verissimo, en el artículo del "Jornal do Commercio", con que saludó el volumen, cariñosamente advirtió al autor de que él exageraba cuando decía que todos los cuerpos eran porosos... La mayoría de sus apreciaciones sobre "Hombres y cosas extrangeros", son simples parafrasis de estudios europeos sobre los mismos asuntos.

Ronald de Carvalho es demasiado generoso con Verissimo, cuando dice que, haciendo crítica él no veía los hombres y sí solo las obras. Lo que hay es que disimulaba mejor. Así, su antipatía personal por Silvio Romero lo lleva a esta monstruosa injusticia: consagrar a la obra de uno de los más formidables trabajadores de la literatura nacional apenas siete líneas. Ni una más. I es bien discutible que

- 4 -

Verissimo hubiese podido llevar a cabo su obra, si no encontrase la de su grande e ilustre predecesor.

Silvio y Verissimo tenían un defecto común: no sabían escribir. Los libros de ambos están abominablemente mal hechos. Los de Silvio tienen, entretanto, una ventaja: tal vez más incorrectos, pero son más fluentes y más claros. En los de Verissimo, sobretudo en los últimos, hay unas pretenciones esporádicas de clasicismo, que llegan, a veces, a ser cómicas. El estilo es duro, áspero, pedregoso.

Ronald de Carvalho tiene esta primera originalidad, entre nuestros grandes historiadores de la literatura nacional: es el primero que sabe escribir. Su estilo es sencillez, claro, armonioso. Dice bien lo que quiere decir.

Poeta, de los mejores de su tiempo, los poetas no corren con él el peligro que corrían con José Verissimo.

Al contrario de sus predecesores, él procura preferentemente presentarnos en conjunto los grandes movimientos sociales de que resultaron las corrientes literarias. I todo esto hecho sin solemnidad ni pedantismo. En ninguna parte el autor aparece como un maestro de escuela distribuyendo premios y castigos.

Sin duda es posible discordar de muchos de sus

juicios. Basta comparar algunas de sus apreciaciones con las de Silvio y Verissimo, ya entre sí discordantes, para sentir que la crítica literaria está aun muy lejos de ser una ciencia, con criterios fijos. En todo caso, Ronald de Carvalho, si no puede, como ninguno podrá, olvidar su ecuación personal, tiene al menos el mérito de haber procurado tomar criterios de orden mas general, por que en vez de apreciar autor por autor, como si cada uno fuese un fenómeno aislado de su medio, es, al contrario, filiándolos a ese medio, como él procura juzgarlos, destacando los más significativos representantes de cada época.

Todo eso permite repetir aquí lo que se dijo al principio: La "Pequeña historia de la literatura brasileña" debe ser considerada una gran obra.

Medeiros y Albuquerque.

(De la Academia Brasileña)

INTRODUCCION.

La Tierra: la Atlántida y las islas fabulosas en la Antigüedad y en la Edad Media.- El Brasil en la época del descubrimiento.- El Medio Físico: La Naturaleza y los factores Mesológicos.- Algunas opiniones de escritores extranjeros sobre el Brasil.- El Medio social: El Hombre.- La raza.- Conclusión.

Desde la Edad Media la existencia de tierras situadas al Oeste de Europa preocupó a los más notables pensadores del viejo Mundo. Cuéntanse por decenas las narraciones fantásticas de continentes y archipiélagos fabulosos, cubiertos de abundantes florestas, cortados por caudalosos ríos y sombreados de montañas intransponibles, donde los metales preciosos y las pedrerías raras se confundían con el esplendor magnífico de una flora maravillosa y una fauna desconocida.

1 - LA ATLANTIDA.

H. Martín, en sus "Estudios sobre el Timeo de Platón", observa que en el mito de la Atlántida, narrado por Cristías a Sócrates, se hace mención, por la primera vez en la Historia, de un continente situado mucho más allá de las columnas de Hércules, donde, ha nueve mil años, floreciera un gran pueblo, de civilización adelantada y brillante cultura, gobernado, durante siglos, por la dinastía de Atlas, hijo de Poseidón y de una simple mortal, Cleito. Según la tradición la leyenda de la Atlántida, había sido revelada a Solón por los sacerdotes egipcios del templo de Sais, y formaba parte también de los enseñamientos ministrados por Sileno al Rey Midas. Acrecienta Cristias, en el citado diálogo de Platón, que

los atlantes, después de conquistar gran copia de territorios, entre los cuales el Egipto y la Tirrenia, fueron derrotados por los atenienses en una sangrienta batalla, desapareciendo más tarde con su continente y su espléndida civilización, en un día y una noche, después de terribles inundaciones y violentos terremotos.

Timageno que vivió en el primer siglo antes de la Era Cristiana, cuenta que oyó de boca de los Druidas narrativas semejantes a las de Platón y Thespompo. (1)

Nació de ahí la creencia de que los archipiélagos de las Azores y de las Canarias, así como el de las Antillas, formaban parte de Atlántida sumergida, como un sistema de elevadas cordilleras, en cuyos vestigios no sería difícil descubrir la veracidad de la famosa leyenda. (2) Entretanto, en la propia literatura griega, encuéntrase varios pasajes, por los cuales se comprueba la repulsa que tal fantasía mereció de diferentes autores. Proclus, que se incumbió de transmitirnos los argumentos presentados por muchos de los contradictores, dice que Momenius consideraba la Atlántida como una alegoría de la lucha entre el Bien y el Mal; Amelius veía en la leyenda de su desmoronamiento rápido y

terrible el combate de las estrellas y de los planetas; Orígenes, la guerra de los buenos y de los malos espíritus y Longinos, apenas una fábula igual a varias otras de que Platón se servía para hermosear las abstracciones de sus diálogos sutiles.

Además de Platón, otros historiadores, como Plutarco, Strabón, Macrobio, Dionysio de Mitilene, Plinio, Pomponio Mela y Diodoro de Sicilia, se refieren a regiones ignotas, fuera del limitado mundo mediterráneo.

Dionysio de Mitilene dice que los atlantes eran un pueblo inteligente y poderoso, y los denominaba indiferentemente:

Diodoro de Sicilia habla de una isla de exuberantes riquezas, descubierta por los fenicios a muchos días de viaje de las costas africanas, donde la primavera se mantenía constante, el clima era ameno, la vegetación opulenta y los frutos frescos y sabrosos. Aristóteles cita, también, una gran isla, ANTILIA, a muchas semanas de navegación del continente, colonizada por los cartagineses, tan celosos, pues, de su presa, que castigaban con la muerte a aquellos que pronunciaban apenas el nombre. El pueblo ateniense acreditaba, entretanto, en la historia de la Atlántida, a pesar de todas las contestaciones formuladas contra ella. Una tradición per-

sistente conservaba en Atenas la memoria de las peleas contra los atlantes, tanto que en las pequeñas Panatheneas, celebradas en honor de Palas, era obligatorio el uso de un peplum que recordase la protección de aquella Divinidad en la guerra sustentada por los atenienses contra los ejércitos de la Atlántida.

Gaffarel cuenta que los escritores españoles y portugueses del Siglo XVI tomaron la isla descrita por Diodoro de Sicilia por el continente americano, tal la semejanza de los vastos paisajes y el clima delicioso.

En fin para corroborar todos esos viejos cuentos de la antigüedad clásica, y todos los pasajes referentes a nuevos mundos, como aquella celebre profecía de Seneca, en Medea:

Venient aunis saecula seris,
quibus Oceanus vincula rerum
laxet, et ingens pateat tellus
tethysque novos detegat orbes,
nec sit terris ultima Thule;

varios factores extraños como el aprisionamiento en las costas de Germania, en el año 62 antes de Cristo, de un barco tripulado por hombres desconocidos, entregados, según Plinio y Pomponio Mela, al Proconsul de las Galias, Metelo Celer, así como otros sucesos de que nos fornecen copiosas noticias, Hormio, Egger, Otón de Freyserigen y Silvio Ennas Picolimi, vinieron a reforzar en la mente

de los navegadores europeos la idea de que la Tierra no era tan mesquina como sus antepasados se imaginaban,

Las tradiciones celtas, principalmente las de Irlanda, hacen constantes alusiones a una región paradisiaca, el MEG-MELD (País de la Eternidad), habitada por espíritus superiores. Los galos en "las islas verdes de las corrientes", los escandinavos en la Saga de Erik el Bermejo, con sus Helluland (País de las Rocas), Markland (País de los Arboles) y Vinland (País de las Viñas), contribuyeron para desenvolver el gusto por los cruceros largos y peligrosos a través de mares y mundos misteriosos.

En la Edad Media hizo furor la novela de S. Brendam que no era nada mas que la relación llena de lances dramáticos y peripecias interesantes, del viaje comprendido por aquel heroe irlandés, tan al sabor de la coloria imaginación popular, a un país maravilloso y sorprendente. La isla de S. Brendam pasó a figurar en todas las cartas náuticas medievales. En el globo de Martín Behaim, hecho en 1492, se ve el dibujo de la isla acompañado de la siguiente nota: "En el año 565, después del nacimiento de Jesus Cristo, S. Brendem aportó a esta isla, a la cual examinó lleno de encanto, permaneciendo en ella siete años y retirándose después para su país". Aun en el Siglo XVI ella aparece tambien en la carta de Portelius, y la creencia en su existencia era tan fuerte que,

en el mismo Siglo XVIII, en 1721, fué procurada por Don Juan de Mier y Aguirre, Capitán General de las Canarias, que armó una expedición, sin, naturalmente, obtener el menor resultado.

Entre las diversas islas mencionadas por los escritores medievales, en el Oceano Atlántico, como las de Stocafixa, Roýllo, Mau Satariaxio, y Antilia, merece especial referencia una conocida por el nombre de Bracir, Braxil, Brazylle o El Brasile. Registrada por primera vez en un mapa del Atlas Medicis, de 1351, encontramosla, después, en varias cartas, como las de Prigani, de 1367, y Jefferys, de 1776, con la única particularidad de variar constantemente de nombre y posición, ora surgiendo en la altura de las Azores, ora en las costas occidentales de las Islas Británicas. (3)

La misma fascinación producida por la noticia de las otras islas fabulosas se observó en lo tocante a la que nos interesa. Varias expediciones fueron organizadas con el fin de determinar su posición y recoger los tesoros que ella por ventura encerrase. Todas fallaron sucesivamente.

Solamente en el Siglo XVI, después de las grandes descubiertas españolas y portuguesas, volvió a estar en el tablero, y de esa vez de un modo definitivo, la existencia de una tierra brasileña. Ya no se estaba en el terreno de las conjeturas, de las hipótesis arrojadas y de las leyendas hermosas. Era la más deliciosa de las reali-

dades que sonreía a los ojos deslumbrados de los navegadores europeos. Era la realidad recompensadora de tantos sueños deshechos, de tantas audacias inútiles, de tantas decepciones dolorosas.

Un mundo virgen, bogando en luz, recamado de flores odoríferas y de dorados frutos exquisitos, un mundo mas atractivo que "Las Islas Verdes", de los Galos o el "Meg-Meld" de los Irlandeses, rompía de las aguas espejadas, como una gran joya luminosa!

Tal era su belleza y tal el primor de sus paisajes graciosas, que un sentimiento de orgullo satisfecho creció en las almas rudas y bravías de la lusitana gente.

Habituados a la rispidés de las desoladas costas africanas, donde sufrían

En mar tanta tormenta, y tanto daño,
en tierra tanta guerra, tanto engaño,
tanta necesidad aborrecida! (4)

los marineros de la flota de Cabral creyeron contemplar en el seno de los bosques misteriosos, en la transparencia de las aguas desnevasadas, en el brillo del cielo límpido y suave, en la lozanía de las plantas aromáticas y elegantes, aquella Isla de los Amores en que

abre a romá, mostrando a rubicunda
cor, con que tu, teu preço perdes, (5)

y donde

Mil arvores ao cáu estão subindo,
com pomos odoríferos e bellos

a larangera tem no fruto lindo
a côr que tinha Daphne dos cabellos;
encosta-se no chão, que está cahindo
á cidreira co'os pezos amarelllos:
os famosos limões, alli chãirando,
estão virginaes tetas imitando. (6)

Desde muy pronto recibió la nueva tierra el bautismo extasiado de las mas leves y sencibles plumas. Sus florestas vastas y magestuosas, sus riquezas infinitas, sus embarcaderos claros y profundos, sus montañas de recortes caprichosos, sus valles espaciosos atraieron las miradas de capitanes aventureros jesuitas catequistas, poetas y escritores de la Metropoli.

Luego, en la primera mitad del Siglo XVI, en 1549, Nobrega describía así los encantos y exelencias del país recientemente descubierto:

"Es muy saludable y de buenos aires, de suerte que siendo mucha nuestra gente y muy grandes las fatigas, y mudando de la alimentación con que se nutrieran, son pocos los que se enferman y estos de prisa se curan. La región es tan grande, que, dicen, que de tres partes en que se dividiese el mundo, ocuparía dos; es muy fresca, y, más o menos temperada, no sintiéndose mucho el calor del estío; tiene muchos frutos de diversas cualidades y muy sabrosos; en el mar igualmente mucho pez y bueno.

Semejan los montes grandes jardines y pomares que no recuerdo haber visto tapiz tan bello. En dichos montes hay animales de muy diversas hechuras, cuales nunca conoció Plinio, ni de

- 15 -

ellos dió noticia, y hierbas de diferentes olores, muchas y diversas a las de España; lo que bien demuestra la grandeza del Creador en tamaña variedad y belleza de las criaturas."

Mas adelante, en 1585, Anchieta afinaba por el mismo diapason, escribiendo:

"Todo el Brasil es un jardín en frescura y bosques, y no se ve en todo el año arbol ni hierba seca, Las arboledas se van a las nuves de admirable altura y grosura y variedad de especies. Muchos dan buenos frutos y lo que les da gracia es que hay en ellos muchos pajarillos de gran hermosura y variedad y en su canto dan ventajas a los ruiseñores, jilgueros, colorines y canarios de Portugal, y hacen una armonía cuando un hombre va por este camino, que es para loar al Señor, y los bosques son tan frescos, que los lindos y artificiales de Portugal quedan muy abajo."

De igual modo se expresarán tiempo adelante Gabriel Soares, Cardim, Rocha Pitta, y muchos otros, cuando pinten, llenos de fervor y de espanto, las lindas formas con que la naturaleza vistiera las tierras brasileñas.